

sas clases. Los naturales de esta isla beben comunmente agua; pero mientras dura la uva beben vino, y por falta de barriles ó cascos para conservarlo, el resto del año vuelven á usar el agua, siendo esta antes hervida con gengibre, cinamomo negro, á veces sasafrás, y otras yerbas salutíferas y medicinales. Nos trataron con grande afecto y amabilidad y con tanto cariño á usanza suya, como les era dado discurrir. Encontramos en ellos la gente mas afable, bondadosa y leal, exenta de toda doblez y traicion, viviendo cual pudieran hacerlo los hombres en la edad de oro. Solo se cuidan de guarecerse del frio, en su corto invierno, y de sustentarse con los frutos que la tierra les suministra. La carne que comen está muy bien cocida, y preparan un caldo de escelente olor y muy sabroso. Las vasijas para condimentar sus alimentos, son ollas de barro, muy anchas, blancas y vistosas: sus fuentes son platos grandes de madera olorosa. El cuarto en que comian, les servia de habitacion, y allí tenian el idolo que ellos adoran, y del cual cuentan cosas increíbles. Mientras estábamos sentados á la mesa, se presentaron en la puerta de la estancia dos ó tres hombres con sus arcos y flechas, que venian de cazar. Al verlos, nos pusimos á observarlos uno tras otro, é intentamos echar mano á las armas; pero, tan pronto como la dueña de la casa notó nuestro recelo, se alteró muchísimo, llamando á algunos de los suyos para que arrojasen fuera y rompiesen las armas á los recién venidos. Cuando nos despedimos al oscurecer, sin querer pasar allí la noche, mostróse muy triste y pesadrosa, y nos mandó nuestra cena, medio condimentada, ollas, y cuanto pudiéramos necesitar, á nuestro bote, acompañándonos luego hasta llegar al costado del mismo, en el cual descansamos hasta la madrugada,

despues de habernos alejado á muy corta distancia de la playa. Como nos viese bastante recelosos, se afectó mucho, y mandó á varios hombres y treinta mujeres, que permaneciesen en vela á orillas del rio, cerca de nosotros, enviándonos á bordo cinco esteras, para resguardarnos de la lluvia, insistiendo repetidas veces con sus palabras para inducirnos á pasar la noche en su casa. Empero siendo pocos en número, y considerando que de malograrse nuestro viaje, nos hubiéramos visto en grandísimo peligro, no nos atrevimos á aventurar cosa alguna, aunque no habia motivo para que sospechar en lo mas mínimo de las intenciones de aquella buena gente, pues no puede hallarse en el mundo otra mas afable y cariñosa, segun lo hemos experimentado hasta ahora.» (*)

Encantados de la hermosura de cuanto veian, y bien persuadidos de que no podia ocurrir ningun cambio que alterase la belleza de tan deliciosos sitios, Amidas y Barlow se limitaron á muy cortas exploraciones, y llevando consigo á dos naturales del pais, *Wanchese* y *Manteo*, diéronse á la vela para Inglaterra. Grande fué el entusiasmo de Raleigh con la halagüeña perspectiva que se ofrecia á su vista. La reina significó sus deseos de que la nueva region se llamase *Virginia*, por alusion sin duda al estado de soltera, que conservara hasta entonces. Poco tiempo despues obtuvo Raleigh el título y dignidad de caballero, otorgándosele, por especial merced, un lucrativo monopolio de vinos, que le habilitó para llevar adelante, con nuevo vigor sus proyectos de colonizacion. Con tan favorables circunstancias, no era difícil aprestar otra nueva y poderosa expedicion, y en abril de 1585 zarparon de Plymouth siete buques, á las órdenes del

(*) *Hakluyt*, tom. III, pág. 301.

comandante Sir Richard Grenville, uno de los hombres mas valientes de aquella época, llevando á su bordo ciento y ocho colonos. Fué nombrado gobernador de la colonia Ralph Lane, formando tambien parte de la expedicion el eminente matemático Hariot y el ingenioso pintor With. Dirigiendo su rumbo hácia las Indias Occidentales, llegó la escuadra el 20 de junio al continente de la Florida, habiendo estado á punto de naufragar en el Cabo-Fear, y fondeó el dia 26 en Wococon.

Ralph Lane era un bizarro oficial, á quien por su valor concedió la reina el título de caballero; pero que poseia mas bien las cualidades de un valiente soldado, que las de un laborioso y pacífico colono. Precipitado en sus resoluciones, «vivo é impetuoso en las contiendas,» su proceder inconsiderado y hostil fué causa de gran tribulacion en esta y otras expediciones posteriores. Empero la primera ofensa mortal, la infirió el mismo Grenville. Habiendo mandado á tierra una partida, acompañada de Manteo, todo podia haber ido bien, á no ser por un acto de precipitada venganza, la primera probablemente cuya tendencia inspiró inquietudes y sospechas en el ánimo de los confiados indios. Uno de ellos se dejó seducir por la tentacion de hurtar una copa de plata: retardóse la prometida restitucion, y con este motivo los ingleses quemaron y saquearon las mieses y la aldea en que habitaba el autor del robo, habiéndose fugado antes toda la gente.»

Unavez desembarcados los colonos, despues de permanecer algun tiempo en el pais, y de haber recogido un cargamento de perlas y de pieles, regresó Grenville á Inglaterra, apresando en su travesía un barco español ricamente cargado, «á cuyo efecto habia ido al abordaje en un bote hecho de tablas

delgadas, que se deshizo y fué á pique al costado mismo del buque que atacaba, tan pronto como al saltar en éste lo abandonaron Grenville y sus compañeros.» Al entrar en Plymouth con esta presa, fué acogido con entusiastas aclamaciones.

Tras aquel primer ejemplar de inmotivada crueldad que experimentaron por parte de los europeos, ansiosos los indios de desembarzarse de los colonos, á quienes ya aprendieron á odiar y temer, empezaron á confabularse secretamente contra ellos. Lane, en quien no concurrían las dotes necesarias para el puesto que ocupaba, pues era alternativamente severo y crédulo, recibió un aviso de uno de los jefes indios, que le indujo á remontar el Roanoke, tanto en busca de perlas y riquezas minerales, como para explorar el interior del pais.

Nada mas desastroso que esta expedicion. Los botes que la conducian andaban con lentitud contra la rápida corriente; las orillas del rio aparecian desiertas, y los aventureros no podian proporcionarse ninguna clase de comestibles. Esto no obstante, convinieron en no abandonar su exploracion, mientras les quedara *media pinta* (medio cuartillo) de trigo por cabeza, determinando además, que matarian sus «dos mastines, cuyo cocido ó potaje, condimentado con bajas de sasafrás, les serviria en último extremo de recurso para vivir dos dias mas.» Habiendo sido alevosamente atacados por los indios, y consumida ya la «olla ó potaje de perros que habian dispuesto para su sustento,» regresaron á la boca del rio, no pudiendo su bote atravesarle, á causa de una tempestad, viéndose entonces reducidos «el sábado Santo, que fué para ellos verdadero dia de vigilia,» á comer sasafrás, sin vianda animal á la que pudiera servir de condimento; y como dice Lane, «caso parecido á este no se

habrá presentado nunca, antes de ahora, según creo, de haberse usado el sasafrás como alimento.» A la mañana siguiente, después de mil trabajos, arribaron á Roanoke hambrientos y estenuados.

Tomás Hariot era indudablemente el más perspicaz observador de la colonia. Sus esfuerzos por adquirir un conocimiento exacto del país, de sus habitantes y de sus producciones, obtuvieron un éxito extraordinario. Este hombre, dotado de una sagacidad y paciencia nada comunes, se insinuó de un modo particular en el ánimo de aquellos indígenas, procurando enseñarles las verdades del cristianismo. Citaremos con este motivo sus propias palabras: «La mayor parte de las cosas que vieron y observaron con nosotros, tales como instrumentos matemáticos, brújulas, la virtud de la piedra imán, telescopios, lentes ustorios, relojes, libros, escritos, armas de fuego y otras cosas parecidas, de tal modo escedían á sus alcances, que se imaginaban eran más bien obras de los dioses que de los hombres, ó cuando menos, que los mismos dioses nos habían enseñado el modo de hacerlas, porque nos amaban á nosotros mucho más que á ellos. De ahí provino que bastantes indios dieran crédito á lo que les decíamos de nuestro Dios. A donde quiera que yo iba, hacia cuanto me era dable por dar á conocer su gloria inmortal. Les dije, que aun cuando la Biblia que les enseñaba contenía todo aquello, no tenía por sí sola la virtud que á mi entender ellos se imaginaban. No obstante, los indios se complacían en tocarla, besarla, abrazarla, ponerla sobre su corazón, en la cabeza, y pasarla, por fin, por todo su cuerpo.» (*)

Desgraciadamente, y á pesar de esto, la

(*) Hakluyt, tom. III, pág. 321.

mayoría de los colonos se distinguía menos por sus actos de devoción y de prudencia, que por su afán y vehemente deseo de adquirir riquezas. No habiendo correspondido el éxito á sus esperanzas, y tratanto en su despecho duramente á los indígenas, éstos procuraron librarse de los extranjeros, prefiriendo abandonar sus campos sin sembrarlos, con tal que el hambre alejase á tan molestos huéspedes. Recelando Lane una conspiración para destruir la colonia, solicitó una entrevista con *Wingina*, el más activo de los jefes indios, y mató alevosamente á cuantos le acompañaban. Agotado el acopio de provisiones que trajeron de Inglaterra, y viéndose la colonia en situación apuradísima, estaba á punto de disolverse, cuando impensadamente apareció con su flota Sir Francis Drake, de regreso de la afortunada expedición que emprendió contra los españoles en las Indias Occidentales. Dejando bien abastecido á Lane de cuanto necesitaba, dióle una embarcación de setenta toneladas, con los botes correspondientes, y arregló las cosas cual convenia hacerlo para la próspera continuación de la colonia. Empero, una tempestad destruyó el buque suministrado por Drake, y entonces, no solamente los colonos, sino también Lane, en extremo desalentado, solicitaron que se les permitiese volver á Inglaterra con la escuadra de Drake. Como la cédula otorgada no coartaba la libertad de los colonos, estos abandonaron al fin su establecimiento de Roanoke, en junio de 1586.

Precipitada en demasía fué la deserción de la colonia, pues á los pocos días de su partida, llegó un buque cargado de todo género de provisiones. Enviábalo Raleigh; pero encontrando desierta la colonia, regresó el navío á Inglaterra.

No habían trascurrido dos semanas, cuando apareció también en aquella costa Sir Ri-

chard Grenville, con tres embarcaciones bien provistas de toda clase de mantenimientos. Dejado que hubo cincuenta hombres (*) en la isla de Roanoke, perfectamente aprovisionados para dos años, efectuó también su regreso á la madre patria.

Como se vé por lo que dejamos apuntado, «el paraíso del mundo» no fué otra cosa sino una fuente perenne de gastos y decepciones (**).

A pesar de todo, no era hombre Raleigh que cediese en su empeño, por más contrariedades que experimentara. Mediante las preciosas descripciones que le hizo Hariot del país que había visitado, y de las producciones de su suelo, pudo reunir fácilmente nuevos colonos para América. Embarcáronse, pues, muchos emigrantes con sus mujeres y familias, para fijar su residencia en el nuevo mundo; redactáronse reglamentos municipales; fué nombrado gobernador Mr. John White, y otorgóse, por fin, una carta de incorporación para la «Ciudad de Raleigh.»

Habiendo salido de Portsmouth el 26 de

(*) Mr. Bancroft dice *quince*; pero Smith y otros *cincuenta*, número que parece ser el más probable.

(**) Camden asegura que entonces fué cuando por primera vez llevaron el tabaco á Inglaterra los colonos y difícilmente podría dudarse de que Lane lo importara por disposición de Raleigh, que lo había visto usar en Francia, durante su permanencia en aquel país. Existe una tradición bien conocida, en que se refiere, que Sir Walter empezó á fumarlo privadamente en su despacho, y que habiendo entrado su criado con un vaso de cerveza y nuez moscada, mientras aquel leía un libro con suma atención, viendo que salía humo de la boca de su amo, le arrojó toda la bebida á la cara, para apagar el fuego, y abandonando la estancia, bajó precipitadamente las escaleras, y alarmó á la familia con desaforados gritos, diciendo, que su amo se abrasaba, y que antes que subiesen estaría reducido á cenizas. Por habersele considerado como una adquisición de buen tono, no menos que por la favorable opinión respecto á sus saludables cualidades, emitida y sostenida por varios facultativos, la costumbre de fumar cundió rápidamente entre los ingleses, y por un raro capricho de la especie humana, el uso del tabaco ha venido á ser casi universal.

abril, llegaron á su destino el 22 de julio, echando anclas delante de la costa.

Inmediatamente se buscaron los hombres que quedaron el año anterior en la isla de Roanoke; pero fueron inútiles cuantas pesquisas se practicaron con este objeto: los indios habían satisfecho en ellos su venganza. Un cuadro de desolación y ruina fué lo que se ofreció á la vista de los exploradores.

Con arreglo á las instrucciones de Raleigh, la bahía de Chesapeake fué el punto señalado para el nuevo establecimiento; pero pronto surgieron discordias entre los colonos. No siéndole posible á White llevar á cabo sus planes, tuvieron que echarse en la isla de Roanoke los cimientos de la ciudad proyectada. Además de esto, aun cuando Manteo y sus parientes recibieron con alborozo á los ingleses, los indios, en general, manifestaron hacia ellos bastante antipatía, y no pudiendo adelantar gran cosa en circunstancias tan poco favorables, los colonos suplicaron unánimemente á White que volviese con el buque á Inglaterra, para proporcionarles acopios y refuerzos. Pocos días antes de su salida, la hija del gobernador, Mistriss Eleonor Dare, dió á luz una niña, que fué la primera criatura nacida de padres ingleses en el suelo de América, á la cual se le dió muy oportunamente el nombre de *Virginia Dare*. Dejando con pesar su familia y la colonia, que contaba entonces con ochenta y nueve hombres, setenta mujeres y once niños, White regresó á Europa, sin que le fuera dado hacer nada en favor de sus amigos y parientes á quienes no volvió á ver jamás.

Cuando llegó á Inglaterra, encontró White todo el país grandemente sobrescitado, y preparándose contra la invasión con que les amenazaba Felipe de España y su *armada invencible*.

Raleigh, sin embargo, no se olvidaba de